

los pueblos, lo cierto es: que esa clase poderosa se atrincheró tras una barrera de egoísmo, y las grandes fortunas se destinaban, ó á ruinosas especulaciones con el erario público ó se iban á depositar á los bancos extranjeros. De esto resultaron dos gravísimos males á la sociedad, y que á la vez eran dos agentes poderosos de la revolución. El primero fué, el de hacer carecer al pueblo de trabajo: y cegada esta fuente legítima de subsistencia, naturalmente se abría la puerta al crimen á que conducían tanto la ociosidad como la miseria; y de aquí resultaba, que los brazos que debieron emplearse en beneficio del desarrollo de la riqueza pública y de la felicidad nacional, se convertían en enemigos de la sociedad. Y el otro mal, es: que se abrió la puerta á esa especulación tan vergonzosa para el individuo que la ejerce, como ruinoso para la sociedad, *el agio*. Se empezó á desarrollar esta especulación miserable, y en pocos años ha tenido un crecimiento tal, que los agiotistas han venido á formar en la sociedad una clase, pero tan desgraciada y tan funesta, que asolan los pueblos como lo pudiera hacer una nube de langostas, que al caer sobre una cementera, consumen el fruto de las plantas y hasta chupan el jugo de sus tallos, convirtiendo en un descarnado esqueleto lo que poco antes era un sér lozano y vigoroso, en el hermoso reino de la vegetación.

Tras del torbellino revolucionario en que las azonadas militares se tomaban como un brillante medio de hacer fortuna y tras las fatídicas huellas de los agiotistas, que sin piedad consumen la sustancia de las fortunas, y dejaban sin pan á millares de familias como resultado final de ese cálculo frío y severo con que se llenan de oro las cajas, vino otra falange no menos pernicioso que las anteriores, la de los propagandistas de los errores mas monstruosos. Ellos en millares de escritos públicos y en todos los centros de las conversaciones privadas, tronaban

contra el despotismo militar y contra la avaricia de los usureros; pero no con el espíritu de curar en la sociedad las llagas que le abrieran las clases anteriores, sino como un medio de exaltar las pasiones, y de sublevar los sentimientos de las clases oprimidas contra los opresores, para llegar por ese medio á la dominación donde despues se ha ejercido la tiranía en la mayor escala que se pueda concebir, y donde se ha dado tal pábulo á la avaricia, que elevándose la misma al rango de ley, se entregaron las víctimas con las manos atadas en poder de los verdugos, para ser sacrificadas sin compasión, en nombre de una ley bárbara é impía. Y de esta manera, aguijoneadas las pasiones por la enseñanza de falsas doctrinas que son irrealizables utopías y sueños de imaginaciones febricitantes; y estimuladas otras susceptibilidades por el peso de las injusticias, eran otros tantos elementos de combustible que daban pábulo al fuego de la revolución.

El vicio de la avaricia se extendió tanto, que llegó hasta el corazón de los poseedores de los campos, quienes no contentos con el producto legítimo de sus fortunas, negaron á Dios la décima parte que se ha reservado en los frutos de la tierra; y en cambio de este ultrage hecho á la Divinidad, negándole el dominio supremo que tiene en las obras de su creación, el Señor mandó segar las fuentes del cielo para que no envíen sus fecundantes lluvias sobre la tierra; y mandó esterilizar los campos, para que en lugar de copiosos frutos produjeran punzantes abrojos para castigo de corazones avaros. Esto ha extendido mas la miseria pública; y los brazos que no podían sacar fruto de las entrañas de una tierra cargada con el peso de una maldición divina, han ido á derramar sangre en una constante guerra, tanto mas cruel, cuanto que es entre hermanos, hijos de una madre común.

En los grandes centros de la población, empezó á de-

sarröllarse el deseo por el lujo, la comodidad, las diversiones y todos los placeres, donde naufragaban la inocencia y la virtud; y todo esto no era sino la consecuencia indispensable de los errores que se fueron desarrollando de una manera asombrosa, porque ellos empezaron á echar sus raíces en este suelo virgen, juntamente con el árbol de la independencia nacional.

Por la relacion de los hechos en los años anteriores desde la insurreccion que promovió en Dolores el cura D. Miguel Hidalgo, hemos visto como se vinieron infiltrando en nuestra sociedad los errores que tan funestos estragos habian causado ya en todas las naciones del antiguo continente. Su número es tan vario y tan dilatado, que si no es imposible escribir ese funesto catálogo, sí es sin duda una obra muy dilatada, como dilatada y extensa es la cadena de las aberraciones del espíritu humano en su curso por el valle del tiempo; pero esa espantable trasformacion del error en su inmensa variacion con que se ha ido presentando en la sucesion de los tiempos, puede concretarse á tres grandes errores, fuentes funestísimas del mal que pesa sobre las sociedades presentes; y que á su vez, estos tres errores capitales, siendo uno consecuencia del otro, son al mismo tiempo los tres, consecuencia de aquel intento vano que Luzbel viene queriendo realizar en toda la dilatacion de los tiempos, desde el momento en que su orgulló lo hizo decir. «Yo elevaré mi sόlio sobre los astros del firmamento y me sentaré frente á frente del Altísimo.»

Esta lucha satánica, ni un momento ha dejado de existir sobre la tierra, desde el momento que el padre de la mentira salió de los pavorosos ántros de su carcel infernal para soplar en el oido de la primera mujer, las palabras que fueron la causa de la degradacion del linage humano y que fueron al mismo tiempo la fórmula de to-

das las revoluciones que habian de conmover á la humanidad sobre la tierra. «El dia que comais del fruto que se os ha vedado, se abrirán vuestros ojos y vereis que sois como dioses.» Desde ese instante pavorosamente memorable, ni un dia, ni una hora, ni un instante ha cesado esa lucha del error en contra de la verdad, de las tinieblas por ofuscar la luz, del mal por elevar su sόlio y extender su fatídico reinado sobre el reinado del bien. ¡Lucha gigantesca que ha tenido por teatro todos los confines de la tierra; que se ha prolongado por toda la sucesion de los siglos; y que ha tenido por actores á todas las generaciones en todos los pueblos del mundo! Por eso volviendo nuestra vista á lo pasado, hasta donde se puede abarcar el conjunto de todos los siglos, vemos: que desde el tronco de aquel árbol de las divinas prohibiciones, salen dos huestes en no interrumpida y encarnizada lucha; una que sigue el estandarte de la rebelion levando por Satanás el tenebroso espíritu; y otra, tras del estandarte de la luz, que descendiendo del seno de Dios sobre el Paraíso, marca una huella de refulgente claridad, desde aquel punto en que Dios prometió al hombre caído, el Reparador que lo ha de levantar de su degradacion, hasta que este fruto divino aparezca en las montañas de Judea sobre el árbol de la Cruz, con sus brazos abiertos para congregar allí á todas las generaciones.

En este punto quedó cumplida y realizada la palabra con que Dios prometió á la criatura humana su regeneracion; pero no por eso acabó allí la gigantesca lucha, sino antes por el contrario, entónces tomaba unas formas mas colosales, porque entónces se planteó la cuestion en términos precisos, y no iba á ser ya una cuestion puramente especulativa, sino práctica.

Allí quedó levantado un árbol frente á otro árbol; quedó puesto un fruto frente á otro fruto: el árbol de la Cruz,

«Árbol de la vida, el árbol de la ciencia y la sabiduría, el árbol de los preceptos divinos y de las misericordias de Dios, frente al árbol del deleite, al árbol de la muerte, al árbol de las divinas prohibiciones, de las amenazas de Jehová, de las venganzas de un Dios justo. Cada árbol estaba vestido con sus hojas, perfumado con sus flores y cargado con sus frutos: el árbol del Paraíso, brindaba un fruto deleitoso á la vista, suave para el gusto de los sentidos, agradable para la materia; y el árbol del Calvario, nada ofrece al cuerpo sino sus espinas; pero su fruto es de vida para el espíritu, y el perfume de sus místicas flores es mas suave que los delicados aromas del Oriente. Y allí es donde se va á renovar aquella guerra terrible para el espíritu humano: á la vista de aquellos dos árboles es donde la humanidad va á entrar en una nueva contienda, tanto mas tremenda, cuanto que la cuestion está ya planteada de una manera práctica. Satanás con su infernal soberbia, agita todos los espíritus de su tenebroso reino, y lanzándolos sobre la humanidad, le brinda de nuevo con el fruto prohibido del árbol que está cargado con los rayos de las maldiciones divinas prontos á lanzarse sobre el prevaricador que se atreva á tocar aquel árbol de cuyo fruto, ha dicho la palabra del Omnipotente, «no comais porque sereis heridos de muerte.» Y Satanás les dice á todos los hombres, á todos los pueblos, á todas las generaciones, á toda la humanidad. «Venid y comed de este fruto, que es hermoso á vuestros ojos y suave á vuestro gusto: aquí teneis todas las complacencias de vuestros sentidos, aquí están todos los gozes de la materia, aquí están las riquezas, los honores, las comodidades, el progreso de vuestros apetitos y la perfeccion de vuestra naturaleza; y cuando hayais comido de él vereis que vuestra razon se ha elevado á su perfeccion y que sereis como dioses en toda la

oreacion.» Dios se forma una pequeña falange de doce hombres de los mas humildes sobre la tierra, y ellos van predicando á todos los pueblos sin excepcion de personas; ¿quereis libertad?, venid á beber á la fuente que brota del pié del árbol sagrado del Calvario, bebed en las fuentes de la verdad y la verdad os hará libres: ¿quereis progreso y desarrollo en vuestra sabiduría? pues no hay otra sabiduría que la que da el árbol de la Cruz, que es locura para el gentil y escandaloso para el judío: ¿quereis perfeccion? comed del fruto de ese árbol divino, y así llegareis á la inmortalidad, porque el que come de ese fruto que germinó la tierra al influjo del rocío de los cielos no morirá jamás.

Y de esta manera continuó esa lucha entre todas las sociedades, la cual se ha de prolongar hasta que se halla agotado el curso de las generaciones, y que cuando ya todos los pueblos hayan caido al golpe de la guadaña del tiempo, como las yerbas se marchitan bajo el fuego de la escarcha, se presente aquella voz tremenda que despier-ta á todas las generaciones del pesado sueño de la muerte. ¡Levantaos pueblos todos de la tierra y venid al día que el Cordero Domizador se ha reservado desde el principio del mundo para su juicio: vosotros fuisteis dueños de vuestras acciones, y el Señor se reservó el dominio de los acontecimientos: vosotros fuisteis los autores de las letras; pero el Señor reservó el Jerecho de escribir con ellas la historia, que es la externa manifestacion de sus designios, venid ahora á leer en ese gran libro, que encierra las ondulaciones de toda la humanidad y que se acaba con la sentencia que pone término á esa contienda de todos los siglos.»

Y como ya en el Calvario quedó planteada la cuestion de una manera práctica, ya desde allí se hace visible y palpable esa cuestion entre el bien y el mal, entre la ver-

dad y el error: y es verdad que esta cuestion se transforma unas veces en una cuestion política, otras en una cuestion social, otras en una cuestion de grandes intereses de las naciones, y otras en los intereses privados de los pueblos y aun de las familias; pero en todo caso despues de una descomposicion analítica y de una aplicacion sintética, siempre viene á descubrirse en último término, una cuestion religiosa, la cuestion del orgullo y la soberbia contra la humildad, la cuestion de las tinieblas contra la luz, de la materia contra el espíritu de la razon contra la fé, en una palabra y este es el pavoroso extremo de la cuestion, del hombre contra Dios.

Esta cuestion la han planteado todos los heresiarcas que registra la historia, desde el momento que quedó fundada la Iglesia santa, cuando el mediador divino dijo á sus discípulos. «Con la misma potestad que el padre me ha enviado, con esa os envío para que vengais á enseñar á todas las gentes: todo lo que atáreis en la tierra, atado será en el cielo; y lo que desatáreis en la tierra, en el cielo será desatado: el que á vosotros oye á mi me oye: y el que á vosotros desprecia á mi me desprecia; y al que no os oye, tenedlo como gentil y publicano: vosotros vais como corderos entre lobos; pero no temais, porque yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Y Pedro es la piedra sobre que se edificará mi Iglesia contra la cual rugirán los huracanes de todos los errores y bramarán las tempestades de todas las pasiones; pero las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Pero ninguno la ha planteado con la satánica malicia con que Lutero la planteó en el siglo XVI. Todos los heresiarcas habian negado algun dogma; pero Lutero los negó todos: los anteriores habian negado algun punto de la fé, queriéndolo sustituir con la razon; pero Lutero negó toda la fé para sustituirla de un solo golpe con la razon: todos

los antiguos errores iban á parar en su último análisis á la negacion de Dios; pero Lutero exaltando el imperio de la razon sobre la fé, de un solo paso destruyó á Dios para poner en su sòlio al hombre. Lutero sin andar con rodeos, hizo decir á la naturaleza humana, la misma horrible blasfemia que Satanás hizo decir á la naturaleza angélica. «Yo elevaré mi sòlio sobre los astros del firmamento y me sentaré mas alto que el Altísimo.» Pues á esta expresion sacrílega equivale la orgullosa expresion de decir que la razon humana es bastante por sí sola para conocer la verdad y para elevarse á la suprema felicidad.

El error, tan grave y tan funesto como es, estaba solo en el órden religioso; pero por una consecuencia precisa, él tenia que descender á la esfera del órden social y del órden político; y causar en las sociedades civiles el mismo espantoso trastorno, que causó en la sociedad de la Iglesia. Porque una vez que se proclamó la suficiencia de la razon humana para tener por sí sola el pleno conocimiento de la verdad sin el auxilio de la fé, era preciso que correspondiera á este error, el de suponer; que el corazón humano tambien estaba en posesion de todo el bien sin el auxilio de la gracia; y que el hombre todo estaba en posesion del derecho de todos los goces, sin el freno del deber. Y así como un error es la consecuencia de otro error, se abria tambien un abismo que era causa de otro abismo, porque fermentadas todas las pasiones, tenian el camino expedito todas las concupiscencias. El error de que el hombre tiene el derecho absoluto en todos los goces, habria el paso á la concupiscencia de la carne: el error de que la voluntad del hombre por sí sola está en posesion del bien sin el auxilio de la gracia, dejaba expedito el camino á la concupiscencia de los ojos; y el error de que la razon humana por sí está en posesion de toda la verdad, traia como consecuencia segura, la soberbia de

la vida. De esta manera, aunque en la práctica el hombre quedaba tan degradado, que no era sino un mónstruo que corría sin freno por el campo de todos los placeres hasta convertirse en un sér estúpido, en teoría exaltaba tan alto su soberbia, que su razon no tenia límites que la pudiera contener; y si su soberanía era tan absoluta é ilimitada, que en el órden religioso podía hasta escalar el cielo para usurpar los derechos de la Divinidad, proceder lógico era que en el órden político y social tampoco hallara barrera posible á contenerlo; ni hubiera para él mas verdad, que los extravíos de su razon; ni mas bien, que los caprichos de su voluntad; ni mas felicidad, que la práctica de esa omnipotencia de que gozaba en virtud de una voluntad independiente y de una razon soberana.

Aunque este error es esencialmente religioso, sus consecuencias no solo importaban esa rebelion satánica en el órden espiritual de la Iglesia; y en su práctica, necesariamente se afectaron el órden político y el social: pues en virtud de esos errores, el hombre se constituyó en juez de toda doctrina; y armado de esa soberanía de su razon, llamó ante sí lo mismo al error que á la verdad; y no reconocía otra verdad, que lo que resultara de la insensata discusion de su razon enferma de suyo originalmente. Con la práctica de este error, á pretexto de descubrir regiones desconocidas para la inteligencia humana, se hechó un velo sobre la verdad; quedando la inteligencia envuelta en las tenebrosas sombras del error; y se echó por tierra el principio de todo órden, la fuente de toda autoridad y el fundamento de todo gobierno; no quedando sino el caos negro y pavoroso de las tinieblas, donde vagaban los astros errantes de inteligencias extraviadas. Enorgullecido el hombre con la existencia de su voluntad independiente hizo nacer necesariamente la igualdad de derechos, porque teniendo los hombres igual voluntad, y por

consiguiente igual facultad para obrar con ella sola el bien, nadie reconocia superioridad sobre sí; y todos tenían igual derecho para dirigir, como obligacion para ser dirigidos, brotando aquí la máxima de la soberanía popular, que tomada en su sentido absoluto, es atea en su principio, antisocial en su aplicacion y desastrosa en sus consecuencias. Y agitados todos los cerebros con la fiebre de la razon soberana y enardecidos los corazones con el fuego de la soberana voluntad, todo fué desórden, todo fué trastorno, porque la menor chispa abrazaba aquellas muchedumbres preparadas como un combustible inextinguible; y en presencia del hombre soberano en su razon, soberano en su voluntad y por lo mismo soberano en los errores de su inteligencia y en las pasiones de su corazon, nada podía quedar en pié en su presencia, ni la autoridad de los gobiernos temporales, ni la autoridad de la Iglesia, ni los derechos de la verdad, ni la conveniencia de las costumbres, ni la respetabilidad de la tradicion, ni la fuerza irresistible de los hechos, ni la experiencia de los siglos; y fué tan espantablemente horrorosa aquella voracidad, que sus devorantes lluvias no contentas con haber abrazado todo el trascurso de los tiempos, quisieron abrazar tambien el cielo; haciendo que la Divinidad se presentara ante el tribunal del hombre, y que los augustos derechos del Creador, tuvieran que ponerse en tela de juicio para que sobre ellos recayera el juicio, de una insolente criatura.

Tal fué el pavoroso estado á que se vieron reducidas las sociedades europeas á causa del fuego de la revolucion que en fines del siglo pasado y principios del presente las sacudió como un horroroso cataclismo; y tales fueron los errores, que se presentaron ennegreciendo el hermoso horizonte de México al abrir sus puertas para dar entrada á la apacible aurora de su libertad política.

Y estos errores, que no supieron reprimirse por los primeros gobiernos, sino que antes se les fué dando asiento en las constituciones del país, y en las costumbres de la sociedad, ya para el año de 1855, instaban por reclamar el primer puesto para invadirlo todo; pues aunque ellos habian querido enseñorearse del dominio de la sociedad desde los primeros dias de su independencía, aun hallaron algun obstáculo en la fé nacional y en la fuerza de las costumbres de tres siglos; pero ayudados por el derecho de insurreccion canonizado por tantas azonadas militares, por la avaricia de los poderosos, por la desobediencia de los pobres y por el general extravío de las costumbres, todo lo abrazaron, todo lo conculcaron, todo lo invadieron; y de tal modo se inventaron por todas partes, que su mal olor se hacia sentir desde los mas grandes centros de la sociedad, hasta los desiertos de los campos; desde las mas elevadas esferas del poder, hasta los secretos del hogar doméstico; y extendieron su fatídico influjo, en los escritos públicos, en las conversaciones privadas, en las diversiones y pasatiempos, en las costumbres, en la educacion, hasta que su mortal gangrena inficionó el aire que respiraba la sociedad, envuelta ya en una atmósfera corrompida.

En medio de esta amenazadora tempestad, solo un elemento de vida quedaba á la sociedad, el único elemento que ha salvado siempre al mundo en sus grandes y espantosos cataclismos morales, el elemento de la verdad: solo un poder habia que pudiera conjurar la borrasca que ya se desgajaba, el poder de la iglesia, poseedora única de ese elemento de vida para el hombre y para las sociedades; y tan grande y tan fuerte era este poder, que lo mismo que en todo el mundo ha resistido por mas de diez y ocho siglos, los furiosos embates de las tempestuosas olas, resistió aquí el recio empuje de esta tormenta, ras-

gando y atravesando incólumne los negros nublados de la tempestad, para aparecer despues mas brillante y hermosa despues de su glorioso triunfo, sostenida por la eficacia de la palabra de su Divino Fundador que le aseguró su asistencia en medio de los mas recios peligros y de los mas rudos ataques de las tenebrosas potestades infernales.

Aquí es necesario hacer una observacion, que á la vez de ser interesante para completar el cuadro de la narracion histórica, importa tambien para contestar un argumento empleado con sobrada profusion contra la verdad. Ese espíritu que rugé furioso hace mas de diez y ocho siglos, por destruir la obra de la regeneracion de la humanidad, á falta de razones para compatir la verdad, quiere fundarse en hechos; y estos hechos no todos son falsos, por desgracia hay algunos que son ciertos, pero siempre son mal aplicados.

Los que han tenido la desgracia de emprender la ingrata é inútil tarea de destruir la Iglesia Católica, quieren apagar la luz de la fé, con las tinieblas de la razon: sustituir la moral pura del Evangelio, con una moral caprichosa y acomodaticia á las pasiones; y para esto sacan su principal argumento de un hecho, que por mas que desgraciadamente sea cierto, es no solo ineficaz para el objeto con que se le quiere aplicar, sino que siendo absolutamente contrario aun á la razon misma, su falsa aplicacion no sirve sino para demostrar la inconsecuencia con que se le emplea, lo absurdo de las teorías en cuyo favor se aplica, y por consiguiente, la verdad de lo que con él se quiere atacar.

Este hecho es: sacar á luz las malas acciones de algunas personas, de las que forman la clase mas respetable y veneranda de la sociedad; la clase sacerdotal.

Dicen, y es cierto: «algunos individuos del clero obran

mal,» y de esto deducen, con manifiesta falsedad; «luego esta clase es mala.» ¡Consecuencia viciosa!.....Y llevando adelante su inconsecuencia, deducen de esta primera consecuencia viciosa, otra consecuencia absurda: «luego, dicen, si la clase sacerdotal obra mal, mala es la doctrina que predicán, mala la iglesia que con todos los fieles forman.» Y apoyados en este absurdo, se lanzan frenéticos en una obra imposible, porque imposible es destruir un edificio que tiene por inquebrantable base la palabra del Dios Omnipotente. Adelante nos volveremos á ocupar de lo que en este sentido se ha hecho en México; y por ahora solo vamos á referir los hechos, en la parte que es necesaria para dejar satisfecha la materia de este capítulo.

El clero estuvo dividido en México, desde los primeros dias de establecido el gobierno de los vireyes, en dos clases: la del clero secular; y la del regular. Esta última, fué la que desde los primeros tiempos de la conquista trabajó con un celo infatigable y verdaderamente apostólico en bien de la sociedad; y los trabajos que hicieron merecer á esta venerable clase la gratitud de una sociedad de quien fué su constante bienhechor, ya los dejamos pormenorizados en cuanto lo permiten los límites de esta obra, en el tomo tercero.

Los trabajos del clero regular en México fueron siempre en aumento, recogiendo de ellos un copioso fruto de civilización en la extensa mies que regaban con sus sudores y que cuidaban con sus fatigas y vigiliás; y el primer golpe que la sociedad recibió en esta clase bienhechora, fué la que el gobierno español le dió en la supresion general de la órden de la Compañía de Jesus. Los hijos de S. Ignacio de Loyola habian sido los mas fuertes defensores de la verdad en las naciones civilizadas, cuando el mundo se vió invadido por los pestilenciales errores de

la reforma del siglo XVI, y los mas celosos apóstoles para llevar á los pueblos incultos los fulgores de la civilización, congregando en torno de la Cruz los enjambres de gentes que vivian en la barbarie, y que al pié de aquel árbol sagrado se desnudaban de sus instintos salvajes, cambiando á fuerza de trabajo aquellos hábitos feroces en las dulces costumbres de una sociedad civilizada. Y cuando el mundo se vió privado de estos operarios con un golpe tan injusto como impolítico, necesariamente tuvo que resentir sus funestas consecuencias, tanto en la direccion de la educacion en los países civilizados, como en la propagacion de la civilización en los pueblos bárbaros.

México que tenia centros de poblacion civilizada y extensos terrenos habitados por tribus salvajes, sintió el doble efecto de la extinsion de la Compañía de Jesus. La mayor parte de las misiones que desempeñaban, principalmente en las provincias occidentales y del Norte, quedaron abandonadas con gran perjuicio de la civilización; y solo en algunas fueron sustituidos los padres que las servian, por algunos religiosos de S. Francisco y de los colegios de propaganda fide.

Cuando mas tarde, México se hizo independiente, una de las medidas de sus primeros gobiernos para mengua de esa falsa libertad con que se ha engañado á los pueblos, fué la de suprimir las subvenciones que se daban para los gastos con que se sostenian las misiones entre las tribus bárbaras; y á causa de esto, quedó ya completamente cerrada aquella senda de una gloriosa carrera para las clases del clero regular, donde tanto habia acrisolado sus virtudes y se habia cubierto de un lustre y esplendor, que no podrá dejarse de reconocer apesar del trascurso del tiempo y de ese velo de ignominia que una generacion desagradecida, ha querido extender sobre esa clase que fué en los dias de infortunio para los pueblos el manan-

tial mas abundante de donde salian á torrentes los consuelos que dulcificaban sus amarguras.

Puesta en inaccion por decirlo así, la clase del clero regular, quedaron sus individuos reducidos á la accion del claustro; y como un ejército se debilita cuando retirado de las gloriosas campañas donde recogia tantos laureles para adornar las frentes de sus soldados, solo vive en el retiro del cuartel, así el clero regular se debilitó en su accion, cuando dejando la vida activa en la propagacion de la civilizacion evangélica, quedó reducido á la vida contemplativa, á donde no tardó en llegar la gangrena general que corrompia á toda la sociedad; y por desgracia, aquellas comunidades que produjeron tantos heróicos operarios del evangelio, no dilataron en presentar algunos escándalos de varios de sus individuos, que prestaron ocasion á los enemigos de la Iglesia para sacar un argumento que, sin serlo, lo presentaron sin embargo como poderoso, hasta conseguir á fuerza de repetidas y apasionadas declamaciones, destruir en México una clase tan respetable por todos títulos. Y en este universal naufragio, ninguna comunidad religiosa escapó; pues á los terribles golpes de una demagogia injusta, cayeron confundidas todas, lo mismo la que reportaba alguna responsabilidad por haber degenerado de su glorioso fin, como las que supieron mantener incólume hasta los últimos dias, la pureza y santidad de su regla. Entre estas últimas se cuentan como testimonio de un solemne mentís contra los enemigos de las órdenes monásticas, los colegios de propaganda fide, y muy especialmente el colegio apostólico de Guadalupe en el Estado de Zacatecas, que siempre fué infatigable en sus trabajos y en la estricta observancia de su regla; y el día, que una mano impía arrojó á sus religiosos del seno de su claustro, arrearon su bandera sin mancha, como aquellos heróicos soldados, que despues de un glorioso

combate se retiran del campo, sin haber empañado el brillo de sus armas con alguna accion indigna. ¡Siempre será un título de gloria para todos sus miembros, poder decir: que pertenecieron á una comunidad, que con la santidad de cada uno de sus individuos, formaba el conjunto de una comunidad ilustre, venerable, y cuyo nombre debe siempre repetirse con emociones de admiracion y reconocimiento, por todas las generaciones que vienen!

En cuanto al clero secular, para juzgarlo social é históricamente, hay que considerarlo bajo los dos aspectos de los dos grandes fines que en la sociedad les designó el Divino Fundador de la Iglesia católica y del sagrado ministerio del sacerdocio. «Vosotros sois, dijo el Señor á sus apóstoles, piedras fundamentales del sacerdocio católico, la luz del mundo; Vosotros sois la sal de la tierra.» *Voz estis luz mundi: Voz estis sal terræ.* Para llenar el primer fin, les dió el precepto y en él la facultad de ir por todo el mundo, á predicar á toda gente y á enseñar á toda nacion: y en esto quedó constituido el sacerdocio católico, maestro único y universal de la fé. Para llenar el segundo fin, por el cual el Salvador Divino puso á sus ministros como reguladores de las costumbres de la sociedad, les dió el precepto *estote sancti, estote perfecti*: sed santos y sed perfectos. Y cuando quedó constituido el ministerio sacerdotal con toda la plenitud de facultades que necesitaba para llenar su elevadísima mision, su maestro Divino puso la clave á estas supremas facultades, enviándolos por todo el mundo, con la misma potestad que el Hijo habia recibido del Padre; y al subir el Redentor Divino á la diestra de su Padre, aun no partieron los apóstoles á desempeñar su divino ministerio, porque aun les faltaba recibir la accion santificadora del Espíritu Santo. Para esto, no tuvieron que ir á cursar las aulas de las florecientes escuelas de Roma y de Grecia; ni que ir-